

ranos. Hacerlos ciudadanos es como degradarlos; prefieren que los castigue, que los diezme. Y le instan y apremian para que retire la palabra. Se ha encomiado este rasgo de elocuencia, que derrama triste luz sobre aquella época: todo lo que hemos dicho sobre la transformación de las costumbres políticas se explica por el sentido que se da ahora á estas dos palabras: ciudadanos y soldados, *quiritis* y *commilitones*. El hombre civil no es náda; el hombre de guerra lo es todo. El reinado de los ejércitos se acerca; su jefe no quiere ya dejar ni aun en el interior de la ciudad su título militar de *imperator*.

### III. - GUERRA DE AFRICA (46). - TAPSO. - MUERTE DE CATÓN

Apaciguada esta sedición, partió César al Africa para exterminar los restos de los vencidos en Farsalia. Después de aquella derrota, Octavio, uno de los jefes pompeyanos, había reunido algunas tropas en Macedonia, y de aquí pa-



Cn. Pompeyo (1)

sado á Iliria; pero perseguido por Cornificio y Vatinio, tuvo que huir al Africa, donde Yuba y A. Varo mandaban el único ejército que pudiera preciarse de haber obtenido una victoria. Los jefes reunidos en Corcira, Labieno, Escipión, Afranio, Petreyo y Fausto Sila, hijo del dictador, hubieron de resolver ganar esta provincia. Catón estaba en Dirraquio con una flota y soldados, y había ofrecido el mando á Cicerón, que era consular, cuando él no pasaba de pretor. Pero desde el desastre de Farsalia, pasaba Marco Tulio las mayores angustias, temiendo permanecer con aquellos *insensatos*, avergonzado de partir y sin saber cómo excusar con César su fuga de Italia. La proposición de Catón lo decidió. «¡Cicerón mandar! ¡Cicerón combatir, cuando era menester, no tomar las armas, sino arrojarlas! Era una irrisión.» El hijo mayor de Pompeyo, Cneo, indignado de estas palabras, corrió tras él, espada en mano, y le hubiera dado muerte, si Catón no hubiera protegido su partida.

Marco Tulio volvió á Brindis, siempre acompañado de sus lictores con sus fascas coronadas de laurel triunfal, y durante un año maldijo allí la guerra de Alejandría, la de Farnaces y la demora de César, culpable esta vez de eternizar sus ansiedades, dando á los pompeyanos tiempo para levantarse y traer acaso nuevas peripecias.

Mientras sus amigos se dirigían á Utica, sospechando

(1) De una moneda que Sexto Pompeyo hizo acuñar durante la guerra de Sicilia. La cabeza de Cneo está enfrente de la de su padre y la de Sexto aparece sola en el reverso de la misma moneda.

Catón que Pompeyo se había dirigido á Egipto se resolvió á conducirlo sus trescientos barcos y las tropas que los montaban, y sin la traición de los egipcios estas fuerzas hubieran podido cambiar la faz de los acontecimientos, encontrando en Alejandría á Pompeyo vivo. Pero con más prudencia, se hizo á la mar con rumbo á la Cirenaica, á fin de recoger allí noticias más seguras. El mismo hijo de Pompeyo fué quien le hizo saber la catástrofe, y ya con esto, no le quedaba más recurso que volver á la provincia romana de Africa. Los mismos vientos que impedían á César salir de Alejandría obligaron á Catón á dejar su flota todo el invierno en los puertos de la Cirenaica. Pero dada la urgencia de incorporarse al ejército que se formaba al rededor de Utica, se proveyó de agua y víveres en Cirene y penetró en el desierto de Barca. Cuando al cabo de treinta días llegó á *Leptis Magna* (Tripoli) estaban sus tropas tan fatigadas que tuvo que resignarse á pasar allí el resto del invierno. Por lo demás estaba allí al alcance de Escipión y tenía la seguridad de poder operar su reunión con él.

Habíase reconocido por caudillo á aquel consular que llevaba un nombre de buen augurio en una guerra de Africa; sino que Escipión era un mal general (2). Tomó por teniente al que lo fué de César en otro tiempo, á Labieno, cuya pericia no podía balancear los inconvenientes de la mala elección que se había hecho. Si en Dirraquio, en Farsalia, estaban ya divididos los pompeyanos, ¿qué sería ahora que no existía el único hombre que podía contenerlos? Alguien, sin embargo, tenía ínfulas de jefe supremo: era el rey bárbaro Sin Catón, todos aquellos romanos tan altivos y orgullosos le hubieran cedido, hasta Escipión, á quien hubo de prohibir Yuba que usara la clámide de púrpura que llevaban los caudillos, porque la púrpura, decía el bárbaro, es sólo para los reyes.

Yuba quería que se entrara á saco la ciudad de Utica, diciendo que era afecta á César, y en realidad por destruir la capital romana de Africa. Catón se opuso resueltamente; pero Escipión no tenía tan larga vista: se comprometió á pagar la caballería nómada, y entrando, inconsciente, en las miras del rey bárbaro, devastó la provincia á pretexto de arruinar anticipadamente al enemigo.

En cuanto César tenía algunas tropas á la mano, iba resueltamente adelante. Esta vez también pareció que se jugaba la fortuna á los dados. Renovando la temeridad que le había hecho pasar el canal de Otranto sin tener en cuenta la flota pompeyana, que hubiera podido echarlo á pique, se embarcó, á pesar de la contrariedad de la estación, pasó el canal de Malta y al cabo de cuatro días arribó á las inmediaciones de Adrumeto (Souza). Al desembarcar, se cayó, lo que era de mal augurio; pero él lo trocó en feliz presagio. «¡Tierra de Africa! exclamó, ¡ya te poseo!» Y sus soldados no dudaron ya de la victoria. No tenía, sin embargo, más que cinco mil peones y ciento cincuenta jinetes galos (1.º enero 46). Era apenas una escolta, y se exponía á encontrar un adversario que tenía sesenta mil hombres sobre las armas, ciento veinte elefantes y numerosa caballería. Pero juzgó que la flota enemiga cuerdamente retirada en sus puertos le dejaría libre el paso, y sus legiones, cansadas de guerra, tenían necesidad de que las aguijoneara el sentimiento del peligro á que su caudillo se arrojaba.

(2) Los *Comentarios* no hablan de este Escipión, hombre oscuro y despreciable, á quien César, según Plutarco, habría fingido poner á la cabeza de su ejército. No se sabe quién ha escrito la historia de *Bello Africano*, pero la narración es ciertamente de un testigo ocular, acaso de Hircio, el autor del octavo libro de la *Guerra de las Galias* y, lo que es menos cierto, de la *Guerra de Alejandría*.

Tenía también otros motivos de confianza: había corrido el rumor de que, para pagar el concurso de Yuba, le había prometido Escipión el abandono de la provincia romana, y los numerosos ciudadanos que estaban allí establecidos se indignaban de un tráfico que les haría pasar bajo la dominación de un rey bárbaro. Entre ellos, había muchos descendientes de los veteranos maristas, los cuales con la tenaz fidelidad de los romanos á las tradiciones de familia,



Moneda de Utica (1)



Moneda de Cirene (2)

veían un patrono en el sobrino del general de sus padres (3). Los pompeyanos castigaban este sentimiento como una felonía, y devastaban los distritos donde creían encontrarlo. Todo cesarista que caía en sus manos era condenado á



Moneda de Barce (4)



Moneda de Yuba I (5)

muerte. Cicerón mismo se indignó de estas crueldades. A pesar de sus repetidas derrotas, aquellos herederos de Sila estaban animados de su espíritu, y todo demuestra que si hubieran triunfado, una violenta reacción habría hecho correr un río de sangre en Roma, en Italia y en las provincias.

Este régimen de terror no aseguraba la fidelidad de sus soldados: su ejército, en su mayor parte formado de libertos, esclavos, campesinos arruinados y provinciales reclutados por fuerza, no tenía consistencia. El nombre sólo del caudillo contrario espantaba á esta tropa, que no participaba de las pasiones de sus jefes, y los desertores llegaban al campamento de César en tal multitud, que pudo formar con ellos toda una división.

Llególe también otro refuerzo, con el cual no contaba. Tal era el desorden en aquella república en descomposición, que el italiano Sitio, antiguo cómplice de Catilina, se

(1) Livia sentada: en el campo D. D. (*decreto decurionum*) P. P. (*pater patriae*). Reverso de una moneda de bronce de Tiberio, acuñada en Utica por Vibio Marso, proconsul.

(2) ΔΑΜΩΝΑΚΤΟΣ. Júpiter Ammón, y á su lado un carnero. En el reverso, ΚΥΡΑΝΑΙΩΝ, mujer guiando una cuadriga. Moneda de oro de Cirene.

(3) ... *Qui sumus clientes C. Marii... ad te volumus in tuaque praesidia confugere* (*Bell. Afric.* 35). Escipión se había comprometido á mantener la caballería del rey á costa de la provincia (*Ibid.* 8). De aquí las exacciones que indisponían á la población. Además para reducir por hambre á César se había acumulado todo el trigo en las plazas fuertes, y devastado el país, *agros desertos ac devastatos esse*.

(4) ΒΑΡΚΕΙΟΣ. Cabeza de Júpiter Ammón de frente. Moneda de plata de Barce.

(5) REX IVBA. Busto de Yuba I con su cetro. Reverso, templo de ocho columnas y leyenda púnica. Moneda de plata de Yuba I.

había creado en Africa una especie de monarquía nómada: había reunido á su alrededor aventureros de todo país, y formado con ellos un pequeño ejército, que tenía una escuadra de guerra y andaba errante á lo largo de las costas y aun tierra adentro, ahora viviendo del pillaje, ahora de la soldada que pagaban los jefes á quienes vendían su concurso. Sitio era del todo indiferente á la gran contienda que conmovía al mundo romano; pero la fortuna de los pompeyanos le inspiraba poca confianza, mientras tenía mucha en la de César; y luego era posible que en su vida vagabunda, algún rozamiento con Yuba le hubiera atraído su enemistad ó malquerencia. Sitio tenía gran conocimiento de los lugares é inteligencias en los dos reinos nómada y moro.

César le confió la misión de decidir á Bocco á invadir los Estados de Yuba luego que este rey saliera de ellos para reunirse con sus aliados.

El dictador esperaba tomar sin dificultad ninguna á Adrumeto, que ocupaba Considio con fuerzas superiores, y aun fué éste á amenazar á los cesaristas, que retrocedieron hasta Ruspina, hostigados en su marcha por dos mil jinetes nómadas; pero siempre que los ciento cincuenta galos de César, pesadamente armados, cargaban á la caballería nómada, que no usaba bridas ni más que un dardo que lanzar, volvía grupa y huía.

Las ciudades comerciales de la costa estaban por aquel que acabara antes aquellas interminables guerras, es decir por César: una de ellas, Ruspina, le envió diputados, y César se dió buena prisa á ocupar esta plaza que tenía un puerto, donde podía esperar las seis legiones que quedaron en Sicilia. Y todavía le llegaron mejores nuevas: Leptis la Pequeña, que á pesar de su nombre, era una rica é importante ciudad, le ofreció su puerto, que era uno de los mejores de aquella costa y bastante capaz para que César pudiera resguardar en él sus barcos muy holgadamente.

Muy pronto llegó un convoy (6) y otros estaban en marcha. César iba á salir á recibirlos para evitar que cayeran en manos del enemigo, cuando éste apareció á vista del campamento. Sin demora tomó la ofensiva, y á tres millas de Ruspina, vino á encontrar con treinta cohortes, la innumerable caballería de Labieno.

Labieno dejó que los suyos combatieran á su manera: llegaban á cierta distancia del frente de batalla, lanzaban sus dardos y huían arrastrando tras sí á los legionarios en desorden, los cuales prestaban entonces el flanco y caían á los golpes de los peones enemigos. César hizo correr la orden por todas las filas de que nadie se alejara de los estandartes más de cuatro pies. Esta inmovilidad alentó más al enemigo y acercándose Labieno á los cesaristas les gritaba: «¡Eh! bisoños! hacéis bien los bravos! Vuestro jefe os ha trastornado la cabeza con sus buenas palabras; pero ¡por Hércules! os ha metido hoy en un mal paso y os compadezco. — Te engañas, le contestó un soldado; no soy yo un bisoño sino un veterano de la décima legión. Reconóceme, añadido

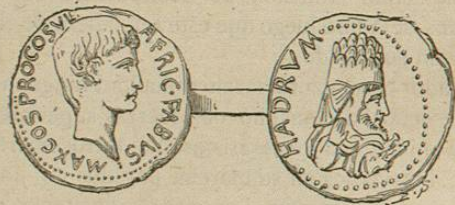
(6) Se conocía ya entre los romanos el uso de entregar á los capitanes de los navíos órdenes selladas, que no debían abrir hasta estar ya navegando, ó á día fijo, puesto que se reconviene á César por no haberlo hecho (*Bell. Afric.* 3).

(7) S. P. SITTIVS M... IVS IIIIVIR DECR. DECVR. D. Moneda de bronce de Cirta.



quitándose el casco; y mejor aún en mi buena puntería.» Y le lanzó un dardo, que Labieno no pudo evitar, sino encabritando su caballo que lo recibió en medio del pretal. Sin embargo, el ejército formado en círculo estaba envuelto y la posición no parecía ya sostenible. Pero no era sino un lazo para atraer al enemigo al alcance del dardo y de la espada. A una señal se abrió el círculo y se prolongó rápidamente en dos líneas que arrollaron cuanto encontraron delante y vinieron después por derecha é izquierda á juntarse al centro de batalla, que César llevó en un vivo ataque sobre las turbadas y desguarnecidas filas de los pompeyanos. Estos no pudieron resistir y se desbandaron.

Un refuerzo traído por Petreyo, comprometió á Labieno á renovar la acción, que César creía concluida. Desde su



Moneda de Adrumeto (1)

victoria de por la mañana, aquellos de sus soldados que la víspera podían llamarse bisoños, eran ya veteranos, y una impetuosa carga á fondo barrió la llanura.

César había corrido un gran peligro, del que salió bien con su serenidad y cálculo estratégico para improvisar una audaz maniobra que la admirable disciplina de sus legionarios le permitió ejecutar. Pero Escipión estaba á tres jornadas á retaguardia con ocho legiones y tres mil caballos, y otro ejército con ciento veinte elefantes llegaba al mando de Yuba. Para no encontrar estas fuerzas en la llanura se estableció César entre Ruspina y la mar, en un campamento que hizo inexpugnable y desde el cual apresuró la llegada de sus convoyes. Comenzaban á escasear los víveres, cuando Salustio, pretor entonces, sorprendió la isla de Cercina, donde estaban los almacenes del enemigo, y se apoderó de las provisiones. Al mismo tiempo, Sitio tomaba á Cirta, capital de la Numidia, sublevaba á los gétulos, que no le perdonaban á Pompeyo haberlos sometido á los reyes nómadas, y con esta feliz diversión llamaba á Yuba á la defensa de su reino. En fin dos legiones llegaron de Sicilia.

La situación de César no dejaba de ser crítica, sin embargo: acaso la historia militar no conozca otra semejante. De toda el Africa no poseía más terreno que el comprendido en sus líneas: todo le faltaba y tenía que crearlo todo: talleres para forjar armas, materiales para construir máquinas. Desarmó muchas galeras para hacer las empalizadas, y no teniendo forraje para los caballos, imaginó alimentarlos con algas marinas bien lavadas con agua dulce.

A su salida de Sicilia, como la flota era insuficiente, no admitió á bordo bagajes ni esclavos; de modo que sus soldados no llevaron al Africa más que sus armas. Habiendo contravenido á su orden un tribuno legionario, lo llamó á su presencia luego que desembarcaron, y le dijo: «C. Avieno, puesto que has sido inútil á la república y á mí llenando mis barcos con tus esclavos y caballos, en vez de dejar espacio para más soldados, te expulso de mi ejército con

(1) Fabio Máximo, procónsul de Africa. En el reverso el dios fenicio Ulom, cuyo nombre tradujeron los romanos por *seculum frugiferum*; la mano derecha levantada y abierta en señal ó expresión de bendecir. (Bronce publicado por la *Gazette archéologique*, 1877, p. 30.)

nota de ignominia (2), y te mando que salgas hoy mismo de Africa.» Jamás comprendió mejor un caudillo la necesidad de reducir en lo posible la impedimenta, que hace á los ejércitos perezosos y pesados.

Sus soldados lo reparaban todo á fuerza de industria y actividad. La guerra de las Galias, donde á cada instante había sido menester improvisar campamentos, fortalezas, flotas, puentes sobre ríos caudalosos, caminos á través de los pantanos, los había enseñado á ser ingenieros, pontoneros, mecánicos. Así, pues, hacían sin murmurar todos los oficios, y ni siquiera se quejaban de carecer de lo necesario, porque su general vivía como ellos. Los legionarios romanos estaban acostumbrados á vivir en el campamento bajo una tienda de pieles; dormían á cielo abierto, ó se hacían chozas de cañas y ramaje; y cuando sobrevinía una de aquellas violentas tempestades de Africa, se abriganaban bajo los escudos sin perder el buen humor. Pero ningún retardo en las maniobras: el campo se hacía ó se levantaba con extrema rapidez, y César podía lanzar siempre contra el enemigo aquellos soldados siempre dispuestos á batirse.

Un día en menos de media hora se protegieron con un foso contra la caballería de Escipión (3). Este general metódico no había sabido aprovechar las ventajas que le daban la temeridad de César, la superioridad de su flota y su numeroso ejército (4) y quería rendir por hambre á su temible adversario, y á fin de dar á Yuba el tiempo necesario para reunirse con tres legiones, su único cuidado fué evitar la batalla que César buscaba.

Dos meses se pasaron en marchas y campamentos sin resultado en el estrecho espacio comprendido entre las ciudades de Leptis, Ruspina, Achila y Agar, que poseía César, y Adrumeto, Tapso, Uzita y Tisdro, que ocupaba Escipión (5). Pero no entraba en los hábitos de César, permanecer mucho tiempo cerca del enemigo sin encontrar el medio de atraerlo á la batalla, como en Farsalia, ó de cercarlo como en Lérida; sino que le faltaba caballería, pues apenas tenía algunos centenares de jinetes, cuando los había á millares en el ejército contrario, y estaba sujeto á la costa por la necesidad de esperar sus convoyes de Sicilia, pues las provisiones de las ciudades que habían recibido sus guarniciones y los silos de los indígenas se habían agotado muy pronto. En cuanto al agua, se veía obligado á hacer pozos en el llano que se extiende entre las colinas y el mar y, por consiguiente, á dejar las alturas al enemigo. En fin, sus tropas poco numerosas contaban muchos reclutas, de los cuales no podía servirse sino para escaramuzas, bien que siendo diarias, los bisoños se hacían pronto veteranos.

Pero habiéndole traído víveres en abundancia y los de-

(2) *Ignominia causa* (*Bell. Afric.* 53). Otros cuatro oficiales fueron también expulsados aquel día por falta de valor ó de espíritu disciplinario. Fueron embarcados sin demora y á ninguno se le permitió que se llevara más de un esclavo. El castigo en suma no era muy duro, y esta narración de un testigo contrasta con las severidades que Dion Casio imputa á César.

(3) ... *Ea minus semi hora effecit* (*Bell. Afric.* 38). Por donde se ve que los soldados de César aun podían enseñar algo á los nuestros. César había cubierto á sus trabajadores con una cortina de caballería.

(4) La flota pompeyana era en su origen muy superior á la de César; sin embargo se limitó á apresar algunos barcos de carga y no hizo ninguna tentativa seria para dominar el canal de Malta, lo que le hubiera sido fácil, al parecer, y entonces hubiera conseguido mejor su objeto. Escipión no supo pues hacer esto ni otras muchas cosas; y por otra parte sus marinos le hacían ascos á la mar, sobre todo en el invierno.

(5) Zeta y Sarsura cayeron en poder de César; Tabena le pidió guarnición después de asesinar la del rey. Vacca iba á hacer lo mismo, pero advertido Yuba pasó á cuchillo toda la población.

pósitos de sus legiones uno de los convoyes que esperaba, se resolvió en fin á dar golpes decisivos. Fracaso, sin embargo, una tentativa contra Tisdro; pero con hábiles maniobras consiguió envolver á Tapso, plaza importante, cuyo puerto, añadido á los de Ruspina y Leptis, debía darle una grande extensión de costas y por consiguiente facilitar sus aprovisionamientos.

Situada entre la mar y un lago de agua salada, la plaza de Tapso se comunicaba con el continente por un solo camino. En algunas horas cortó César este istmo, y los antiguos eran tan incapaces de batir trincheras haciendo en ellas brecha, que bastaba un foso y un ligero terraplén, ejecutados en una noche, para detener un ejército.

Escipión no podía, sin mengua ni peligro, abandonar esta importante plaza, y acudió en cuanto tuvo noticia de la marcha del enemigo; pero se detuvo ante sus líneas y se decidió á aceptar una batalla.

César dió á sus tropas por seña *Felicitas*; y en efecto, la jornada fué feliz. Los elefantes causaban espanto; pero la quinta legión solicitó combatirlos, y muy luego y fácilmente quitó el estorbo de delante obligando á fuerza de dardos y piedras á los gigantes animales á arrollar en su fuga las líneas pompeyanas. Desde aquel día, dice un escritor del siglo segundo de nuestra era, desde aquel día tuvo esta brava legión en sus estandartes la imagen del elefante, que conserva todavía.

A pesar de su número, los pompeyanos fueron batidos, y tomados sus tres campamentos, dejando sobre el terreno treinta mil hombres y desbandándose el resto del ejército (6 abril - 6 febrero). Tapso, Adrumeto y Tisdro abrieron sus puertas al vencedor; Zama, capital del rey nómada, le cerró las suyas al mismo rey, y *Bulla Regia* se cree que hizo lo mismo. En esta desbandada general, la clemencia de César pareció á los fugitivos el refugio más seguro, y los oficiales subalternos y casi toda la caballería de Yuba se rindieron al vencedor.

En cuanto á los jefes, estos no podían obrar así. Después de Farsalia, ninguno de ellos había pensado tomar contra sí mismo una resolución extrema: era una guerra leal que acababa, y las crueldades de Bibulo y Labieno, que recayeron sólo en marineros y soldados, hubieron de olvidarse pronto; de modo que nadie había temido represalias. El día siguiente de la batalla, se pasó Bruto al campo de César, y algunos días después le entregó Casio su flota. La guerra de Africa tuvo otro carácter muy distinto, el de una lucha sin cuartel, que hicieron atroz los pompeyanos. Ni por una ni otra parte esperaban los jefes que el vencedor perdonara; y por consiguiente no les quedaba otro recurso á los generales vencidos que buscar, si los había, otros campos de batalla, ó morir.

Labieno, Varo y Sexto Pompeyo se dirigieron á España donde los había precedido ya el hijo mayor de Pompeyo, después de una vana tentativa en las costas de la Mauritania. Escipión se embarcó también para aquella provincia; pero una tempestad llevó su navío al puerto de Bona, en medio de la escuadra de Sitio, que lo envolvió. «¿Dónde está el general? gritaban los asaltantes. — El general está en seguridad, contestó el mismo Escipión. Y se arrojó sobre su espada.

Casi todos los demás perecieron: Considio murió en su fuga, á manos de su escolta de jinetes gétulos; Afranio y Fausto Sila cayeron en poder de Sitio y fueron degollados en un tumulto de su gente. Yuba y Petreyo, rechazados de todas las ciudades, se decidieron á poner fin á sus miserias, poniéndolo á su arrastrada vida. En efecto, después de un suntuoso festín, asieron cada cual su espada y se

empeñaron en un combate singular. Yuba mató sin gran esfuerzo á Petreyo, que era ya viejo, y luego se hizo remar por un esclavo. Sus cenizas fueron á reunirse en el Mardrasen con las de los reyes nómadas.

El duelo del joven Mario y Telesino en los subterráneos de Preneste había puesto en moda este género de muerte. Catón inauguró otro, que imitaron después famosos ó ilustres personajes y del cual habla la historia con respeto.

Catón mandaba en Utica, donde la mañana del 8 de abril recibió la noticia de la derrota. Sin demora reunió á los senadores que habían permanecido á su lado, como también á los trescientos ciudadanos romanos establecidos en la ciudad para el comercio y explotación del rico valle del Bagradas (1), y les propuso defender la plaza. Al principio se comunicó su energía á todos los ánimos; pero era menester empezar por manumitir sus esclavos para armarlos; y este primer sacrificio los detuvo acabando por desecharse la idea de la resistencia. Algunos jinetes de Escipión refugiados en la plaza, querían que se matara á los comerciantes, ó á lo menos que se expulsaran de la ciudad con los demás habitantes; pero Catón se opuso á esta crueldad inútil, y los jinetes se alejaron luego que les dió cien sesteracios á cada uno, á cuenta del tesoro, y otro tanto á Fausto Sila sobre sus propios bienes. Después se ocupó en los medios de salvar á los que no podían esperar el perdón por parte de César. Cuando supo que el dictador marchaba sobre Utica: «¡Cómo así! exclamó. ¡Todavía nos trata como hombres!» Y volviéndose á los senadores, les aconsejó que no se detuvieran más, mandó cerrar todas las puertas de la ciudad, excepto la del mar, suministró barcos á quienes los necesitaban y se cuidó de que todo se hiciera con orden.

L. César, pariente del vencedor, y encargado por los trescientos de implorar para ellos su clemencia, le rogó que le compusiera un discurso, añadiendo que cuando fuera menester mediar por él, no lo haría con palabras, sino posturándose á los pies de César. Catón se lo prohibió energicamente. «Si yo quisiera deberle la vida, yo mismo iría á hablarle solo; mas no quiero nada de un tirano.»

Después del baño cenó en numerosa compañía y se discutió largamente sobre este punto: sólo el hombre de bien es libre y por consiguiente los malvados son los únicos esclavos. Cuando despidió á sus comensales, se retiró á acostarse y leyó en la cama el diálogo de Platón sobre la inmortalidad del alma. Habiendo leído algunas páginas se interrumpió para buscar su espada, y no encontrándola, continuó su lectura, para no mostrar impaciencia.

Cuando acabó de leer, llamó á todos sus esclavos y les preguntó por su espada en alta voz, dándole tan fuerte puñada á uno de ellos, que se ensangrentó la mano. En esto entró llorando su hijo con sus amigos y Catón se incorporó diciéndole con severo acento: «¿Cuándo se me ha visto dar pruebas de insensatez? ¡Me quitáis las armas para entregarme sin defensa al enemigo! ¿Por qué no me atáis también las manos por detrás? ¿Acaso necesito yo un pedazo de hierro para quitarme la vida?»

Con esto le enviaron la espada, que tomó Catón de manos de un niño, y ya á solas, examinó su punta. «Ahora, dijo, soy dueño de mí.» Y volviendo á tomar el *Phedon*, lo leyó una y otra vez desde el principio hasta el fin, y des-

(1) Según Apiano (*Bell. civ.* II, 95) estos trescientos constituían el senado pompeyano. El autor de la historia de *Bello Africano* (90) los llama solamente los CCC, que habían suministrado dinero á Escipión y á Yuba, pero los distingue del resto de los negociantes romanos establecidos en la ciudad. Algunos de ellos pagaron con la vida.



pués se durmió con sueño tan profundo, que se oía fuera el ruido de su respiración.

A eso de media noche, envió al puerto á uno de sus libertos para cerciorarse de que se habían embarcado todos y se hizo vendar la herida que se había hecho en la mano. Cuando los pájaros comenzaban á cantar volvió á dormirse, pero por poco tiempo, y por fin sacando la espada se la hundió por debajo del pecho.

La mano herida le impidió darse un golpe más seguro y luchando con su dolor hubo de caerse de la cama. Acudieron al golpe y vieron que las entrañas le salían del cuerpo y que miraba fijamente. La herida, sin embargo, no era mortal, y el médico la vendó. Pero cuando Catón recobró los sentidos, se arrancó el vendaje, se desgarró la herida con las manos y expiró.

Estoico Catón, ponía su conducta de acuerdo con su doctrina, practicando según los preceptos de la escuela «la salida racional», εὐλογος ἐξουότης. Él lo hizo simplemente, aunque el efecto resultara teatral, y privó al vencedor de su más noble conquista. «¡Oh Catón! exclamó César al saber tan triste fin; me has envidiado la gloria de salvarte la vida.» Sin embargo, cuando Marco Tulio, admirador de un valor que él no tenía, compuso el elogio del ilustre muerto, el dictador, que así manejaba la pluma como la espada, contestó á su elogio con el *Anti-Catón*, sátira ingeniosa y burlona en que representaba al rígido pretor pasando por el tamiz las cenizas de su hermano para separar de ellas el oro fundido en la hoguera fúnebre, ó cediendo su mujer, joven y bella, á Hortensio y recobrándola vieja

y fea, pero rica, después de la muerte del célebre orador.

Y, cosa singular, Catón tuvo contra sí á los dos Césares, el de los tiempos antiguos y el de los tiempos modernos. El uno entrega á las burlas de sus cortesanos la virtud demasiado rígida del último republicano; el otro, que tantas veces arrojó la muerte, sin que la muerte lo quisiera, lo acusa de haber abandonado su puesto. Poco más ó menos los dos tuvieron razón; pero nosotros amamos los sacrificios que acompañan á todo lo grande que perece. Catón y la república se van juntos; y la muerte del uno acaba dignamente los funerales de la otra.

La grande y verdadera república de los antiguos días, que había suscitado tantas virtudes de abnegación oscura y silenciosa, no existía ya de mucho tiempo atrás, y la falsa libertad por la cual moría Catón, no merecía, por cierto, este sacrificio. Pero él creía dar su vida por el derecho, y hay que honrar, aun cuando se extravió, el sentimiento del deber que lleva hasta la muerte.

Desde aquel día, el partido republicano tuvo su mártir, y la sangre de Catón le dió una virtud que le hizo sobrevivir mucho tiempo á su derrota y fué causa de las terribles tragedias que hemos de ver en los próximos tiempos del imperio. Catón no se mató solo: con su ejemplo y con la leyenda que se formó al rededor de su nombre, arrastró también al sepulcro á muchos hombres, que tuvieron con su corto espíritu, su fiera y fosca virtud. No importa; queda el primero de estos héroes de la vida civil que protestaron con su estoica muerte contra las inclemencias de la suerte ó la degradación de las almas.

## CAPÍTULO LVIII

### LA MONARQUÍA

#### I. — NUEVA PERMANENCIA DE CÉSAR EN ROMA (46). — TRIUNFOS, FIESTAS Y REFORMAS

Cuando Cayo Graco, refugiado en el templo de Diana en el Aventino, vió asesinados por los mercenarios de Opimio á todos los que lo habían seguido, «púsose de rodillas y tendiendo las manos hacia la diosa, le suplicó que castigara á los romanos por su ingratitud dándoles un amo.» No era ciertamente un pensamiento de venganza el que ocupaba entonces el espíritu del tribuno reformador y pacífico. Como suele suceder, según dicen, en el momento supremo, tuvo sin duda clara percepción del porvenir; vió que Roma

no podía salvarse, sino arrancándose de las manos de una minoría aristocrática, que rechazaba las más necesarias reformas, y sin derecho, sin forma de juicio siquiera, condenaba á muerte á los que las pedían.

En efecto, si para estudiar la historia de Roma desde los Gracos, se dejan á un lado las preocupaciones de escuela y las declamaciones de una retórica ignara, se ve claramente

(1) P. QVINCTII VARI ACHVLLA. Cabeza del prócónsul Vario. Moneda de bronce de Achilla, Achulla ó Acholla.



Moneda de Aquila (Achilla) (1)

que los romanos habían perdido su libertad en conquistar el mundo, y que la república, en otro tiempo la cosa de todos, había venido á ser propiedad de una oligarquía mezquina y celosa, que pretendía vivir en la opulencia y molicie á costa del universo.

Contra esta facción ávida é incapaz, acabaron por levantarse los jefes populares que reclamaban en favor del pueblo, de los aliados, de los súbditos. Fué la era de los ensayos de reformas; pero no habiendo prevalecido las reformas, se hizo inevitable la revolución; eterna historia de los gobiernos que cierran los ojos al porvenir. Entre nosotros, siendo la monarquía el pasado, que se quería destruir, la república la heredó naturalmente; en Roma, estando dirigido el movimiento insurreccional contra la aristocracia republicana, la monarquía debía sucederla. La lógica de la historia lo quería así, y esa lógica que es la de los acontecimientos y de los espíritus, acaba siempre por tener razón.

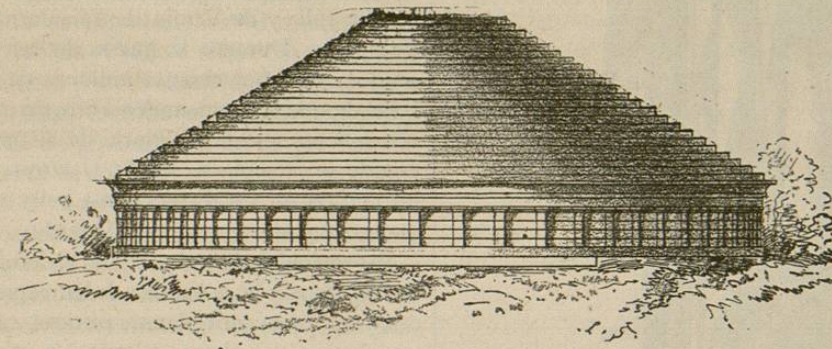
Como los jefes populares habían perecido violentamente, la influencia y la acción pasaron á los jefes militares. Al principio se unieron para consolidar el imperio de Roma, Pompeyo en Oriente, César en Occidente, y debieron al esplendor de sus servicios un lugar aparte en el Estado. Pompeyo no era más que un soldado, de quien la oligarquía nada tenía que temer; en César presintió un político de la familia de los Gracos, uno de aquellos que soñaban una ciudad nueva hecha con las ruinas de la antigua: César era

pués su enemigo mortal, y para derribarlo concedió á Pompeyo, contraviniendo á la constitución, aquella realeza de adorno que bastaba al hombre cuya inteligencia no podía concebir un orden de cosas diferente de aquel que le dispensaba tales y tantos honores.



Sexto Pompeyo (1)

Hacía cerca de un siglo que república significaba asesinatos y proscripciones, guerras civiles y aniquilamiento de fortunas, por donde quiera la inseguridad, en ninguna parte ni para nadie el placer de vivir: he aquí lo que César quería corregir, y como amamos nosotros las ambiciones fecundas tanto como odiamos las estériles ambiciones, estamos con él contra los ineptos que llenaban la curia, hacían las leyes y las violaban diariamente. Después de haber provocado la guerra civil, no habían sabido conducirla. Farsalia los había expulsado de la Grecia: Tapso los expulsaba de Africa, y por el momento, César no veía



Sepulcro de los reyes de Numidia (el Madras'en, orma primitiva) (3)

una excepción del consulado que se le dará para el año 45 sin colega, nombrará la mitad de los cargos curules, determinará las provincias pretorianas y decidirá de la paz y de la guerra; es decir, que el pueblo se despojará en su favor de su poder electivo y el senado del suyo administrativo. En el senado se sentará entre los dos cónsules en una silla curul más elevada y será el que primero dé su opinión, es decir que dirigirá á su voluntad las deliberaciones del cuerpo que casi había concentrado en sus manos todo el poder legislativo, desde las turbaciones.

Celebró cuatro triunfos á muchos días de intervalo: la primera vez fué en conmemoración del vencimiento de los galos; la segunda del de los egipcios; la tercera del de Farnaces; y la cuarta del de Yuba. Ni Farsalia ni Tapso fueron siquiera nombrados, y delante de su carro no se veían más que las imágenes de los reyes y de los generales vencidos,

(1) De una piedra grabada de la galería de Florencia. Lleva el nombre del grabador ΑΓΑΘΟΠΟΥΟΣ ΕΡΟΠΟΙΕΙ. Brunn (*Geschichte des griech. Kunstl.*) pone en duda que esta cabeza pertenezca al segundo hijo de Pompeyo.

(2) César mandó sacar á pública subasta en Zama los bienes del rey Yuba como también los de los ciudadanos romanos establecidos en la Numidia que defendieron su causa; en Utica confiscó también los bienes de los que habían tenido mando en el ejército pompeyano. Tapso pagó cinco millones de sestercios y Adrumeto ocho; Leptis fué condenada á suministrar todos los años 300,000 libras de aceite y Tisdro dió trigo (*Bell. Afric.* 97).

ya en toda la extensión del mundo romano un solo enemigo en armas. Estaba pues ya en libertad y aptitud de iniciar sus reformas. Veamos cuáles fueron para saber si merecía su fortuna.

Después de haber levantado en la provincia doscientos millones de sestercios (2), agregado al Africa, bajo el gobierno del historiador Salustio, la Numidia oriental y reparado el resto de este reino entre Bocco, que obtuvo el país de Setif, y Sitio que mereció por sus servicios Cirta y sus dependencias, volvió César á Roma á fines de julio del 46.

El senado había decretado ya cuarenta días de públicas rogativas por sus victorias: arrastrarán su carro triunfal blancos caballos, como lo eran los de Camilo, el segundo fundador de Roma, y se colocará en el Capitolio, enfrente del altar de Júpiter; se le erigirá una estatua de bronce, con el globo del mundo á sus pies y en él esta inscripción: «César, semidios;» y en el Circo dará él la señal de las carceras. «Para reconstituir la república,» *reipublica constituenda causa*, ejercerá, por espacio de diez años, la dictadura que le dé la iniciativa de las leyes, con el imperio militar ó el mando de los ejércitos en la ciudad y en las provincias; por tres años la censura única con la nueva denominación de prefectura de las costumbres, es decir el derecho de revisar el senado y el orden ecuestre, y por consiguiente el medio de recompensar y castigar.

las de las ciudades tomadas ó de los ríos y del Océano que había pasado.

Entre los cautivos no iba ni un romano, sino Arsinoe, hermana de Cleopatra, el hijo de Yuba y el caudillo galo Vercingetorix, á quien esperaban ya los triunvirios en el *Tullianum* para degollarlo (4). Nada recordaba á Pompeyo; sólo en el cuadro que representaba la fuga del hijo de Mitrídates y del ejército pónico, se leía el famoso *Veni, vidi, vici*, que parecía decir: «Allí me bastó un día para vencer, mientras mi rival necesitó años.»

Ya hubo menos miramientos con los vencidos en Africa

(3) Existen en la Argelia numerosos túmulos: en la provincia de Orán los *Djedars*, tres macizas construcciones que coronan tres contrafuertes del *Djebel-Akhdar*; en la provincia de Argel, el *Kebur Rumia* (sepulcro de la cristiana), sepulcro de Yuba II, de Cleopatra, su mujer, y de Tolomeo, el último rey de Mauritania; en la provincia de Constantina, el *Madras'en* ó sepulcro de los reyes de Numidia (*Madras*, patronímico de la familia de Masinisa). Las cenizas del vencido de Tapso fueron probablemente llevadas allí. El basamento tiene 58 m. 68, por 4, 43 de altura; el cono truncado, formado de 24 gradas, se eleva 13 m. 92; 60 columnas sin base, cuyos capiteles recuerdan más bien el estilo egipcio que el orden toscano, rodean este monumento. Las excavaciones de 1873 que pusieron al descubierto la cámara sepulcral, no han dado resultados útiles.

(4) Arsinoe se retiró al templo de Diana en Efeso, donde su hermana la hizo matar después de la batalla de Filipos. Yuba vino á ser un historiador estimable, y Augusto le devolvió parte de los Estados de su padre.